Cada compañía nombró un soldado para tener la satisfaccion de abrazar á su general, lo que verificaron bañados todos en lágrimas de una verdadera ternura, y del mayor entusiasmo, y no hubo uu solo individuo que no se sintiera conmovido de un acto tan lleno de sensibilidad. Allí se juró por todos de nuevo, morir primero que sucumbir al tirano Pedraza; y Santa Anna ofreció dar pasaporte á todo aquel que no se sintiera con el valor suficiente para arrostrar los peligros. Nadie lo pidió, y desde aquel dia no tuvo una sola desercion, saliendo en seguida dos partidas de á 8 dragones cada una á forragear, cuya maniobra siguió haciéndose sin intermision en los siguientes, y conduciendo sin oposicion alguna el forrage al convento.

Era tal el entusiasmo en aquel corto número de hombres, que estimulado Santa Anna por ellos mismos, salió á la cabeza de 150 soldados, y pasó por las calles de la ciudad sosteniendo un vivísimo tiroteo que le hacian los contrarios desde sus posiciones, y entró en los conventos de S. Agustin y S. Pablo, que registró á su satisfaccion, y abandonó en el acto, por considerarlos inútiles y muy lejanos del cuartel general, siendo tambien peligroso el diseminar tan pequeño número de gente que en un caso de ataque en alguno de aquellos puntos no podian ser ausiliados.

A la una del dia salió de aquellos conventos para Santo Domingo, y recorrió varias calles, llegando hasta la distancia de dos cuadras del cuartel general enemigo. Luego que Rincon se satisfizo que Santa Anna estaba en el suyo, destacó una gruesa partida á los puntos que este acababa de abandonar, y desde entonces quedó en posesion de ellos, siendo cosa muy estraña que fuera necesario que el general enemigo le indicara que eran puntos interesantes, y que debian de apoderarse de ellos para que lo verificara el general Rincon. Todo lo restante de los dias 15 y 16 se pasó en un inútil, aunque vivísimo tiroteo por ambas partes, desde sus posiciones.

El 17 guarneció de tropas los conventos de Santa Catarina, Belén y Sangre de Cristo, cubriendo de este modo todas las avenidas á Santo Domingo, y siendo imposible penetrar hasta allí sin haber tomado antes algunos de estos, ó el del Cármen, que lo cubre por el Oeste.

A las nueve de la mañana del mismo dia, dispuso Santa Anna una salida con 100 hombres hasta el convento de la Soledad; siendo su objeto en esta operacion riesgosa el penetrar hasta el barrio llamado el Marquesado, para hacerse allí de algunas provisiones, y con particularidad del pan amarillo que se elabora en él, y sirve de alimento á la gente pobre de la ciudad.

Llegó á la Soledad sin ser sentido ni visto, para cuyo efecto rodeó tranquilamente por los arrabales, y logró hacer subir alguna gente á la torre, y á la voz de Santa Anna rompió el fuego sobre las tropas apostadas en S. Felipe, y en algunas casas fuertes de aquella vecindad.

Segun se supo despues, causóalgun cui-

dado en los contrarios este repentino ataque, y mientras que se sostenia allí el fuego, mandó una partida de 20 hombres y un oficial al Marquesado, y á poco rato volvieron cargados de varias provisiones, con las que se retiraron todos á Santo Domingo, sin mas oposiciones que algunos tiros que les dirigía el enemigo al atravesar las bocas calles, siguiendo el fuego sin interrupcion el resto del dia, en el que se observó que Rincon habia dispuesto que se parapetaran todas sus posiciones sin olvidar las mas retiradas, por el empeño con que lo estaban verificando por todas partes.

El 18 en la mañana recibió Santa Anna un aviso de Etla, por el que entendió que la artillería enemiga acababa de llegar allí, y que aquella misma noche debia entrar en Oajaca. Ya se habian ido reuniendo dispersos, y por lo mismo contaba con alguna fuerza mas. Así, pues, luego que supo aquella novedad, dispuso que se alistaran 250 infantes, y á las 8 de la noche salió con ellos del convento, y anduvo mas de una legua por el camino carretero, situándose en un punto ventajoso por donde creyó debian de pasar, para sorprender la artillería, parque, y demás municiones, y hacerse de ellas á cualquier costo. Tal acontecimiento hubiera tenido efecto, si los enemigos recelosos no le hubieran dado otra direccion, entrando con ella á Oajaca por un rodeo opuesto, quedando sin fruto resta tentativa, y teniendo que volverse al convento de donde habian salido, al que llegó á las tres de la madrugada.

Como el 19 entendiera que la artillería estaba en la ciudad, dispuso que se fortificaran las azoteas de su cuartel general en aquella noche, y demás puntos que tenia ocupados por sus tropas, temiendo que el enemigo lo atacaría, cuando tenia ya las piezas de batir necesarias, que era lo único que hasta aquella época habia podido impedir el asalto.

Varias noticias le llegaban por distintos rumbos, que los dos Leones, gefes de crédito y opinion en el estado de Oajaca, habian salido de Huajuapam con cosa de 300 hombres, y se dirigian á la capital del estado. La voz corria de que iban á engrosar las filas enemigas, y que en la misma noche del 19 debian unirse á aquella fuerza con las tropas de la division de operaciones.

Santa Anna nunca creyó que los Leones iban en su contra; pero como podian obrar por un comprometimiento violento, volvió á reunir los mismos 250 hombres de infantería, y con ellos y dos cargas de municiones salió, por el camino que llevó la artillería, despues de las nueve de la noche, y se dirigió á la hacienda de Montoya, distante de Oajaca 4 millas, para sorprenderlos y atacarlos si iban de mala fé, ó para ausiliarlos si procedian como amigos. Hizo abrir la hacienda, colocó en ella la mayor parte de la fuerza que llevaba, y emboscó el resto en parages que hubieran obrado con mucho provecho si parecian los que se creian contrarios.

Serian las doce y media de la noche cuando el general, que se hallaba con sus

ayudantes en la azotea de la casa, oyó el paso precipitado de dos caballos que iban ácia ella á todo trote llegando bajo las paredes de la casa: les mandó desde arriba hacer alto; pero resistieron un poco, hasta que la vista de unos cuantos soldados que salieron de la emboscada los contuvo, volviendo uno gurupa, y largándose á todo escape por el mismo camino que habia traido, quedando el otro en poder de los soldados que lo condujeron á presencia del general.

Era un correo estraordinario que mandaba Rincon al supremo gobierno: llevaba pliegos para distintos puntos, y en particular para Veracruz, dirigidos al hermano del general coronel del 9.º batallon permanente. El postillon fué el que escapó, y Santa Anna creyendo que al saberse en Oajaca su salida se dirigian fuerzas sobre él, tomó las medidas oportunas para no ser sorprendido, y esperó en vano á sus contrarios hasta las dos y media de la madrugada.

En la misma hacienda se ecsaminó la correspondencia, y se encontraron en ella dos cartas del general Rincon para su hermano D. José, en las que aparecia que se esperaba una invasion prócsima por parte de las tropas españolas estacionarias en la Isla de Cuba (54), y que los buques enemigos se consideraban ya en la sonda de Campeche.

La noticia que acababa de recibir

(54) *Véanse los documentos números* 10 *y* 11. *¡Cuantos embustes y mentiras envuelve el primero! El general Santa Anna está pronto, con todos los vecinos de Oajaca, á desmentir su contesto en todo lo que disiente de la verdad que aquí queda estampada!!!*

no podia serle indiferente, porque siendo su pronunciamiento contra españoles, y españoles los que venian á atacar su nacion, ningun momento era mas á propósito para demostrar que sus miras no eran las que sus enemigos infamemente habian hecho correr en su contra, con objeto de desconceptuar su pronunciamiento, y retirarle todos los amigos y afectos que debian secundarlo.

Volvió á su cuartel general sin encontrar el menor obstáculo en su marcha; y á las seis de la mañana reunió los gefes de su pequeña division, y les mostró los papeles aprehendidos, haciéndoles presente que la independencia estaba amagada, y que la posicion de ambas fuerzas impedia que el supremo gobierno dictase las medidas prontas y enérgicas que en caso tan urgente y transcendental lo demandaba. Unánimes contestaron todos, que estando ligados por un juramento sagrado á defender la pátria, y que en semejante caso todos debian correr igual suerte, que se hiciese una junta de guerra en la que concurriera toda la oficialidad. Esta opinion fué adoptada, y á las ocho se hallaron reunidos, principiando por abrir la correspondencia interceptada y por oir al mismo correo, quien confesó que él habia sido el conductor de la noticia de Veracruz, en donde corria por muy válida la invasion, por cuyo motivo se trataba de fortificar aquel punto.

La discusion fué de las mas acaloradas acerca del partido que se debia tomar en circunstancias tan difíciles. Al fin

se convino en que se dijera al general en gefe de la division enemiga, que mediante á verse la nacion amenazada de una invasion prócsima, estaban prontos á emitir su pronunciamiento á la decision del congreso general que debia instalarse en enero de 829, y que se les concediese el honor de marchar como vanguardia al enemigo. Para manifestar esta voluntad, se firmó una acta, y por medio de un parlamento se puso en poder del general Rincon con una carta de Santa Anna, invitando á los 4 generales mas que estaban en su division, á que no desoyeran sus patrióticos sentimientos.

Varias fueron las contestaciones que hubo sin fruto de una y otra parte todo el curso de aquel dia; y habiendo manifestado Santa Anna deseos de hablar personalmente con los gefes enemigos, fué citado á conferencia por ellos, en un edificio mucho mas cercano del campamento enemigo que del suyo.

La cita se verificó en la noche, yendo Santa Anna acompañado de solos 2 de sus oficiales, que se retiraron tan luego como se presentaron los generales Anaya y Valdivielso, quienes fueron los comisionados por parte de Rincon para aquella entrevista.

Comenzó la conferencia por horrorizarse todos de las desgracias de que habian sido testigos, inculpándose unos á otros, y atribuyendo los daños al contrario. A Santa Anna lo querian hacer parte por motor de todo con su pronunciamiento, y este les argüia, con que habia sido necesario é indispensable, visto que Pedraza habia hecho

causa comun con los españoles, y que con el oro de estos habia conseguido los votos de segundo presidente: que Guerrero, y solo Guerrero, era el que los pueblos querian y pedian; y que si estos no se movian, era porque se hallaban opresos y dominados por una mano de hierro. Que sin embargo de ello se hallaba dispuesto á unirse inmediatamente con el resto del ejército, y marchar al enemigo comun, pues estaba persuadido de que peligraba la independencia si ambas fuerzas permanecian en la actitud hostil en que se encontraban.

Anaya y Valdivielso se empeñaban en persuadir á Santa Anna, de que las fuerzas enemigas estaban ya sobre las costas: que todo se iba á perder si no se unian, y estimulaban este acto con recordarle los buenos y distinguidos servicios que en otros tiempos habia prestado á la independencia y libertad: que serian duplicadamente mayores, y se cubriría de gloria, si desistiendo de su pronunciamiento se ponia sin restricciones de luego á luego á las órdenes del gobierno. Santa Anna les manifestaba que estando proscripto no podia obrar como ellos pretendian, pues sería una imbecilidad esponer su ecsistencia al capricho de un enemigo que hacía mucho tiempo le perseguia encubiertamente, y que con el último paso habia atraido sobre su cabeza toda la venganza y el ódio de que lo creia capaz; mas Anaya y Valdivielso siempre volvian á la carga con sus primeras razones, asegurándole en fin que su vida estaba segura, de cuya verdad salian garantes con las suyas.

Santa Anna habia observado, allá como á cosa de media noche, que en la pieza inmediata donde se tenia la conferencia habia gente en escucha; y como se paseaban á lo largo de ella, observó tambien con algun cuidado que habia un ruido como de gente armada. Entonces conoció su imprudencia, el peligro en que se hallaba, y no la mejor buena fé en aquel negociado, sino que deseaban verlo entregarse ciegamente en sus brazos para cantar el triunfo, pasarlo á los de su señor, y alcanzar por este medio los galardones que de otro modo les era imposible conseguir.

Insistian siempre en que se entregara á las órdenes del gobierno supremo sin condicion alguna; y que éste, atendiendo á su deferencia, porque tendia al objeto mas grande y laudable con ser en servicio de la pátria, y por convertir contra los enemigos comunes unas espadas que se estaban empleando en mexicanos, pondrian todo su empeño y conato en que quedara sin la ley de 17 de setiembre, que sus mismos lábios llamaban atroz, sanguinaria é impolítica. Lo atacaban tambien por el flanco del honor y de la gloria, repitiendo á cada paso que un acto semejante lo colocaria en un lugar heroico, no solo en México, sino en todo el universo; y que daria á mostrar con él, que en nada apreciaba su ecsistencia cuando habia que atender á la de la independencia y libertad.

Santa Anna por su parte, viendo el peligro en que se hallaba y sus enemigos cautelosos, en medio de quien inmediatamen-

te se habia metido, dejaba soltar especies que inducian á creer que él y sus compañeros desistirian del pronunciamiento, cuando solo habian acordado todos por unanimidad dejarlo á la deliberacion del futuro congreso: Por último, lleno de recelos y temiendo que le hicieran caér en alguna celada que le hubieran dispuesto para apoderarse de su persona, les dijo: que estaba pronto á hacer el sacrificio de su vida en obsequio de la pátria; y que convencido de sus razones, obraria como ellos querian, para marchar sobre los enemigos naturales; pero que era necesario contar antes con sus compañeros, que creía dispuestos á seguir sus huellas; con lo que se retiró á su cuartel general á las tres de la mañana, bendiciendo á la Providencia que lo habia sacado á salvo de tan inminente peligro á que habia sido arrastrado por su osadia.

A las siete de la mañana reunió otra vez la junta de guerra, y les comunicó el resultado de la conferencia que habia tenido con los contrarios. Se acordó, que pues no habia facultades para tratar con el gefe de la division de operaciones, segun él mismo lo indicaba, ni para entrar en transaciones, se elevaran al congreso de la union los deseos de todos aquellos mexicanos: que se mandaran por conducto de Rincon; y que se dijera á este general, que si al proceder no le acomodaba, obrára como gustase y le pareciera.

Asi se hizo, mandándole un tanto del acta que acababa de celebrarse, y una representacion para el congreso general

(55); pero Rincon contestó: que no estando autorizado para mas de aquello que en su nombre habian espuesto en la conferencia Anaya y Valdivielso, no podia admitir otra proposicion, fuera de la clase que fuera; y que si no le contestaba que se hallaba anuente con aquellos principios y á disposicion del gobierno general, dentro de una hora romperian las hostilidades.

Fué grande la indignacion que causó en las tropas de Santa Anna semejante respuesta: todos querian correr á las armas, y cada uno pedia á gritos que siguiera la guerra, antes que entregarse como corderos al lobo que feroz queria devorarlos á su salvo; y que poco les importaba que se posesionaran los españoles de su pátria con tal de saciar su venganza.

Asi fué, que no conviniéndose las fuerzas beligerantes, volvió á comenzar el tiroteo de uno y otro lado, desde el mismo dia 22 muy temprano; siguiéndose en los subsecuentes sin intermision, con mas ó menor fuerzas y actividad.

Las de Santa Anna se iban aumentando diariamente, y con ello agotándose los recursos. Esto le obligó á echar mano de cuantos arbitrios se le presentaban de pronto para conservar su ecsistencia, y entre ellos usó con frecuencia la de mandar por las noches varias partidas sueltas á los pueblos circunvecinos en busca de dinero y provisiones, las que volvian al cuartel general con corto, pero nunca sin algun socorro.

(55) *Véanse los documentos desde el 12 inclusive al 19.*

El patriotismo oajaqueño brilló mucho en semejantes conflictos. Sería hacer un agravio manifiesto al interesante bello secso de aquella capital, si no demostrára públicamente la gratitud, los beneficios que les debieron Santa Anna y todos sus compañeros. Su celo no estaba un momento ocioso: las noticias interesantes de cuanto habia y proyectaba el enemigo, llegaban á Santo Domingo á cada instante por su conducto. Ya mandaban dinero para las urgencias perentorias, ya medicinas para los enfermos y heridos, y ya en fin bastimentos que los alimentaban, y no les dejaban escasear de aquello que es mas indispensable en la vida. Tambien los indígenas de Etla y Tlalistaca sirvieron de mucho á Santa Anna en sus penurias: en medio de mil peligros marchaban á Oajaca cargados de sal, frijol y toda clase de provisiones: tambien llevaban algun dinero, que le mandaban con reserva las municipalidades, pudiendo decirse con justicia, que en solo esta clase desgraciada y abyecta de la sociedad, tan digna de mejor suerte, y en las sensibles y hermosas oajaqueñas, sin olvidar las recomendables religiosas Catarinas, era en donde brillaba el puro y verdadero patriotismo, que se hallaba enteramente helado y muerto en las otras.

En medio de tantas zozobras y escasez, llegó á entender Santa Anna que en el Achatao, punto en donde residia el director de minas, habia en depósito algun dinero de los españoles; y viéndose apremiado por las necesidades perentorias del momento, no

dudó en atropellar por todo, cuando de la subsistencia de su tropa pendia su salvacion y la de sus valientes compañeros.

Dista el Achatao de Oajaca 16 leguas; y mandar en circustancias tan arriesgadas á un hombre con poca tropa, cuando el enemigo estaba tan pujante, era empresa de magnitud, y que solo debia fiarse á un oficial del mayor valor y decision. Los momentos urgian demasiado, y Arista fué nombrado con 20 dragones para desempeñar comision tan dificil y peligrosa.

Salió Arista en la noche del 24, y anduvo con tanto empeño, que amaneció en el Achatao, permaneciendo en él todo el dia y la noche siguiente, regresando al cuartel general el 26 al anochecer, sin haber encontrado un solo enemigo en tan larga distancia, y sin haber llevado el dinero que se decia haber allí porque negó tenerlo la persona que indicaba como depositario de él, conduciendo al cuartel general al director de Mr. Bederneu.

El 27 á la una del dia remitió el comandante del fuerte de Guerrero coronel Pantoja, una carta, por la que el general Rincon lo invitaba á que entregára aquel punto, ofreciéndole el perdon de la vida, y reposicion en los empleos, no solo á él, sino á todos los oficiales que le acompañaban.

Esta maldad en un general que se hallaba mandando septiplicadas fuerzas que sus contrarios, ecsasperó los ánimos, é hizo concebir el proyecto de burlarse de su cobardía, y de enseñarlos á no querer probar

otra vez arterías tan viles y rastreras con aquellos hombres denodados, que habian jurado morir antes que sufrir el oprobio y la ignominia.

Inmediatamente entre Santa Anna y su secretario Mejia se acordó la contestacion que le habia de dar Pantoja, y estaba concebida en términos muy lisonjeros, por las cuales se entregaba aquel punto á su disposicion de luego á luego; pero le decia que no podia dar el menor paso sin ser ausiliado por un número bastante fuerte de tropa suya; pues aunque los oficiales se adhiriesen, estaba penetrado de que su tropa no haria fuego sobre la de Santo Domingo si Santa Anna mandaba atacarlo, por cuyo motivo estaba muy espuesto y comprometido. La señal de su pronunciamiento en favor de Rincon, debia ser un cañonazo sin bala al enarbolar una bandera blanca.

Rincon instó á Pantoja para que aquella misma tarde fuera la entrega y conviniendo este en ello se dispuso la cosa de modo que no escapára ninguno de los que tuvieran la osadia de acomenter la empresa.

En consecuencia de la acepcion simulada de Pantoja, salieron del cuartel general de Rincon como 200 infantes y un escuadron con una pieza por el Este de la ciudad, con objeto de ganar las alturas, y ausiliar desde allí el deseado pronunciamiento.

Santa Anna habia dado sus órdenes de modo, que toda fuerza enemiga se veria cogida por tres fuegos, de los cuales no podria moralmente escapar; y esta empresa hu-

biera tenido todo su écsito, si el traidor y vil cobarde teniente de tres Villas Bernardo Huerta no hubiera bajado precipitadamente del cerro y pasádose al enemigo, á quien descubrió la celada que se le habia armado, y que iban á ser víctimas de su felónica cobardia.

Pantoja llevó su plan adelante, y tiró el cañonazo, enarbolando el pabellon combinado. Al instante se movió casi toda la infantería de Rincon, dirigiéndose ácia el cerro; pero en aquel momento llegó el traidor y vendido Huerta, y participándoles el hecho como era, los hizo retroceder á sus campamentos.

Santa Anna para colorar mejor la venta del fuerte por Pantoja, salió al oir el cañonazo de Santo Domingo con 200 hombres de infantería, y comenzó un tiroteo con bala al aire, á los del cerro, quienes contestaban del mismo modo, dándose muchos por heridos, figurando que caian, con lo que se podia muy bien persuadir, y caer mejor en el anzuelo. Mas todo quedó frustrado al llegar el refractario Huerta, volviendo Santa Anna, á Santo Domingo á las oraciones de la noche.

Amaneció el 28 sin ninguna ocurrencia particular. A las once y media de él le avisó una señora muy respetable á Santa Anna, por medio de un eclesiástico, que el general Rincon habia entregado el mando al de igual clase D. José Maria Calderon, y que aquel gefe marchaba ya para México.

Este cambio fué motivado por el encarnizamiento del partido Pedracista, quien

como no veia derramar la sangre mexicana á torrentes, procuraba correr la voz de que Rincon estaba en conbinacion con Santa Anna que marchaba de acuerdo con su pronunciamiento, y que no queria por lo mismo atacarlo de frente. Rincon no fué traidor á su deber: su poca actividad aparece mas bien que otra cosa, y cuantas faltas cometió, fueron originadas de aquel principio, y de que su sangre se hallaba helada por los años y por su apatía natural; ó mas bien si se quiere por su humanidad y filantropia.

SECCION OCTAVA.

Estratagema de Santa Anna para posesionarse de S. Francisco, y su feliz resultado. Siguen las hostilidades hasta el armisticio con Calderon.

Al paso que se iban aumentando las fuerzas de Santa Anna con los dispersos que se replegaban al cuartel general, se escaseaban los recursos y medios de subsistir; haciéndose por lo mismo casi insuficientes los muchos dones que prodigaban los naturales de los pueblos inmediatos por no ser bastantes para todos.

El Br. D. Ignacio María Fagoaga, uno de los pocos hombres sensibles que en aquellos momentos aciagos y tristes se mostró patriota decidido, habia manifestado á Santa Anna que muchas de las familias de primer rango de la ciudad, se hallaban acogidas en el convento de S. Francisco,